



cucharadas de luna

NADIE VE, TODOS SABEN CUENTOS CON ENFOQUE SOCIAL

En esta edición número 29 de **Entretextos** te ofrecemos dos narraciones tomadas del libro “**Nadie ve, todos saben**”, antología que contiene los 13 cuentos con enfoque social seleccionados entre los más de 300 que la Ibero León recibió de muy diversos países, en respuesta a la convocatoria emitida en 2017, con la finalidad de promover la escritura creativa.

Te invitamos a leer los trece cuentos que contiene el libro, los cuales nos llevan a recorrer varias problemáticas del mundo contemporáneo, esas problemáticas que nos producen angustia, tristeza profunda, insomnio, temor, frustración y nos invitan a buscar soluciones, a revisar nuestras actitudes y nuestras acciones. Como lo señala la Dra. Silvia Ruiz Otero en la presentación del libro, sabemos que nuestra realidad tiene esos manchones más que oscuros y en ocasiones no sabemos qué hacer con ellos, afirma que:

“Nuestros autores ya comenzaron a hacer algo, ya dieron el primer paso: denunciarlos, no olvidarlos, hablar de esos aspectos que nos duelen, que nos dan miedo, que queremos no ver. Una vez más, la literatura y la sociedad se complementan para decir lo indecible, para poner en vida a la palabra, aunque la palabra sea muerte, dolor, sangre, desolación, impotencia... no importa, lo importante es poder decir y rededir las cosas hasta que nos sea imposible negarlas, hasta que no podamos dormir o cerrar los ojos... hasta que perdamos la bendita-maldita capacidad de olvido”.

Varios autores (2017). *Nadie ve, todos saben. Cuentos con enfoque social*. México: Universidad Iberoamericana León, p. 15.

Por lo pronto vamos a viajar por “Tierras extranjeras” de Montserrat Varela, y “Risuka” de Alexandro Arana Ontiveros.

TIERRAS EXTRANJERAS

Montserrat Varela
Ciudad de México

En el último viaje que hice al extranjero me encerraron en un cuarto de hospital para hacerme evacuar. Buscaban sustancias tóxicas. Sospecharon de mí casi al llegar a migración pues fui empujada por una policía y de inmediato sentí rabia. Una rabia tan descomunal y tan contenida que me hizo sudar. Mientras caminaba lentamente hacia la fila, mi frente se apiñó de gruesas gotas. Apreté las manos para no temblar. Cada vez que cruzaba la frontera recibía el mismo trato ignominioso, pero eso cada vez me importaba un poco menos. Confiaba en que ahora era yo la que se los iba a chingar. Luego comencé a convulsionar y me caí al suelo. Desperté en un hospital, con el vientre violentamente hinchado, conectada a un suero y con un oficial gringo dentro del cuarto, frente a la puerta, en guardia.

En la tomografía, los médicos encontraron en mi estómago doscientas treinta y siete cápsulas y, por fortuna, solamente una tenía una fisura. No se lo podían creer. Debía de estar muerta para entonces. Cagué más de treinta veces gracias a que me hicieron beber dos jarras repletas de un líquido blancuzco que dejaba un sabor a amargura. Era una purga. Dos custodios vigilaban la puerta del cuarto por fuera. Los rugidos de mis entrañas retumbaban en la habitación. Una vez vaciada de droga y excremento, por fin me dejaron descansar. Fueron tres días enteros con sus respectivas noches las que estuve sometida a un estricto ritual de lavativas y fue solamente una pequeña fisura en una única cápsula lo que bastó para arrancar en mí, momentos antes, la *temblorina* tan temida por el Billy. Ante la prepotencia del hombre rubio y alto, que me miraba desde su hombro, que me hablaba detrás del cristal de la cabina de migración insistiendo que le repitiera mi nombre y escribiendo *brown* sobre mi pasaporte, me desmayé. De inmediato me llevaron en ambulancia a un hospital cercano. Y ahí, entre sueros y palabras que sonaban nasales que no lograba entender del todo, comprendí de qué hablaban los médicos y las autoridades. Los doctores me hicieron varios estudios y no fue sorpresa para nadie descubrir que yo era una mula; lo que sí los dejó boquiabiertos fueron mis intestinos que estaban plagados, como nunca antes habían visto, de cápsulas verdes, plásticas, de un centímetro de diámetro, todas ingeridas un día antes, con dos días previos de ayuno. Mi sacrificio, mi sufrimiento no había servido de nada; habían fallado todos los esfuerzos en el momento mismo en que una voz me interrogaba, me golpeaba con sus dedos largos y fríos la mejilla izquierda y yo, mareada, no lograba entenderle un carajo de lo que decía. ¿Que si llevo drogas? ¿Cómo, dentro? ¿Juat?

De las doscientas treinta y siete cápsulas que arrojé al evacuar solamente una tenía una leve fisura. Yo tampoco lo podía creer. Me habían atrapado debido al efecto de la droga, gracias al mareo. “Coca, sentencia mínima: cinco años”, me dijo el policía durante el interrogatorio. “Es que no podré conseguir un abogado, no tengo para pagarlo. No conozco el idioma y perdí a mi contacto, al que iba a ver del otro lado, en el *Denys*”. “Sentencia máxima: veinte años”, dijo sonriéndome. Los interrogatorios tanto de los policías como de los doctores eran agotadoramente frecuentes. Dicen en mi pueblo que “la mula no era arisca, hasta que la hicieron”. A mí lo que me hizo arisca y mula

fue la jodida pobreza. Pasar frío y hambre y a pesar de haber estudiado y conseguido un diploma de enfermería, a pesar de desearle el bien al prójimo y de esforzarme, seguir siempre pasando frío y hambre. ¡Ya no podía con ese sino! Nadie podía tener ahí un futuro próspero... Pero la cárcel gringa no era una opción. Veinte años son demasiados así que le dije al abogado latino, González, al que se notaba en su gesto que me despreciaba hondamente, igual que la policía negra que horas antes me había empujado desbordando mi rabia, le dije: “Me largo”.

“Tú no irás a ninguna parte más que a la cárcel, morenita de mierda”, dijo con acento gringo y con mucha sorna. Seguramente disfrutando joder a alguien más jodido; y ¿para qué? -me pregunté en ese instante-, ¿para qué demonios me preocupó? “Me voy”, le repetí y con toda la fuerza que me quedaba me acerqué a la ventana, saqué medio cuerpo, tomé impulso y balanceé mi peso por un instante. Veinte años son muchos, demasiados; cinco, una deuda que jamás dejaría de pagar. No tenía alternativa. González intentó agarrar mi tobillo pero la gravedad finalmente ganó. Me encontraron tirada en el traspatio, la cara lívida y los huesos intactos. Enormes bolsas de basura amortiguaron mi caída dentro de un contenedor. Los médicos no lo podían creer. Me llevaron dentro. Me revisaron durante días, haciéndome distintos estudios y al final de tres semanas, me deportaron. Sus estudios sirvieron para descubrir una sustancia que me hacía más tolerante a la absorción de la coca. Me deportaron pesando veinte kilos menos, dejándome completamente vacía y de vuelta a casa, para siempre, a la jodida pobreza.

Soy Montserrat Varela, orgullosamente chilanga; dramaturga, guionista, narradora y actriz; tengo 36 años. Estudié en el Centro de Arte Dramático, A.C., fui becaria en la Fundación para las Letras Mexicanas (2008-2009). He publicado cuentos en varias revistas y antologías. Fui ganadora del Torneo de Historias Mínimas José Mayoral 2015 en narrativa, así como varios premios por el guion “Alicia” co-escrito con Michael Rowe, 2016 y participé en la Residencia para Guionistas “Visiones en el desierto 2016” en Sonora. Mi primer libro fue “*Milagritos*”, de editorial Cartopirata, 2016. Recientemente publiqué “*Adán (Sin Eva)*” de editorial Tinta Rosa, 2017. Soy soltera y próximamente mamá de una hermosa niña; no tengo otra meta en la vida más que vivir de la mejor manera posible. Contacto: moonvaliente1q8l@gmail.com

RISUKA

Alexandro Arana Ontiveros
Playa del Carmen, Quintana Roo

Afuera de la oficina de la directora, un chico espera resignado su sentencia. Todo estaría en completo silencio si no fuera por el sonido martilleando del reloj de pared. El adolescente se balancea en su silla tratando de matar el tiempo. Y enfrente de él, la terrible arma que usó para atacar a un compañero todavía sigue manchada con la sangre de su atrocidad. Varios maestros y maestras lo vigilan. ¡No vaya a ser que se le ocurra hacer otra tontería más! ¡Uno nunca sabe! Y es que, quién sabe qué les sucede a los muchachos de ahora.

La directora pide al muchacho y al comité acusador que pasen. Una de las maestras testigo explica de manera escueta lo sucedido. Luego todos salen del cubículo para darles privacidad a la autoridad y al chico a la hora de hablar. Pero no se alejan demasiado. ¡No vaya a ser que ocurra una nueva desgracia! ¡Por Dios! Estos muchachos de hoy en día no tienen remedio. Pero, ¿qué podemos hacer los adultos? ¡Nada! A nosotros ya nos tocó vivir la vida, y bien que mal, hicimos lo mejor que pudimos. De verdad.

Lo primero que hace la directora es poner la navaja en un lugar bastante alejado del chico. Y da inicio el interrogatorio...

—Así que atacaste a un compañero con tu navaja. ¿Sabes que pudiste haberlo matado? ¡Por suerte, sólo le hiciste una cortada que no resultó mortal! Ese chico va ahora hacia el hospital en mal estado. ¿Tienes una idea de lo que sentirán sus padres en cuanto se enteren? ¡No dudo que quieran meterte a la cárcel!... ¿Acaso no te importa lo que está sintiendo tu compañero? Te pregunto porque veo que, desde que llegaste aquí, no has quitado esa sonrisa burlona de tu cara, jovencito.

Con esas palabras, el chico deja de sonreír. Pero no contesta.

—No eres muy dado a la introspección, ¿verdad?

La directora hace una pausa para que el muchacho analice la palabra. Tal vez esa palabra ni siquiera forme parte de su vocabulario. Pero descubre al muchacho esquivando su mirada, por lo que se da cuenta que sí la entendió. Espera unos segundos más, antes de proseguir con firmeza:

—¿Sabes que las personas que se conocen a sí mismas pueden decidir con mayor certeza las opciones de vida que se les presentan? ¡Y ser encarcelado a tu edad es una pésima elección!

El chico sonríe nuevamente; incluso ahora asiente con la cabeza en una abierta actitud de reto. La directora llega a su límite:

—Me gustaría ver tu cara si alguien se burlara de ti como tú lo haces en este momento.

El chico explota. La directora ha dado en el blanco:

—¡Para que lo sepa, ya toda la maldita escuela se burló de mí!

—¿Toda la escuela?

—¡Sí, toda la escuela!... Mis compañeros, los profesores, ¡y hasta usted, maestra!

Esto deja fría a la directora: no se esperaba una respuesta así.

—¿Por qué sientes que todos nos burlamos de ti?

—¡Porque no hicieron nada!... ¡Y como nadie le hizo nada a ese estúpido, pues siguió molestándome! ¡Total! ¿Qué iba a perder? ¡Nada! ¡Por eso yo mismo tuve que hacer algo! —el chico llora de rabia con ambos puños bien cerrados. Baja la cabeza. Tiembla. Luego de unos segundos dice con voz entrecortada: —Por eso le di el navajazo... ¡No pensaba seguir soportándolo!

La directora duda unos instantes antes de seguir. Todo puede complicarse si no sabe cómo llevarlo, pero ese chico requiere apoyo, y no piensa dejarlo abandonado con su problema. Ahora ella empieza a recordar los antecedentes del otro muchacho.

—Dices que no hicimos nada. Según tú, ¿qué debimos hacer?

—¡Expulsarlo como la primera vez! ¡Pero ahora para siempre: no sólo tres mugrosos días! ¡Para que dejara de molestarme!

El sentenciado se levanta las mangas del uniforme escolar y le muestra a la directora unas horribles cicatrices en sus muñecas: alguien se ha dedicado a cortarlas con verdadera saña.

—¡Mire! ¡Mire lo que me hizo, ese desgraciado!

La directora se echa hacia atrás horrorizada. Eso, definitivamente, no lo sabía. Ahora siente que este caso empieza a salirse de las manos.

—¿Todo eso te lo hizo él? —pregunta francamente horrorizada.

—¿Usted qué cree?... ¡Ni modo que me haya cortado yo solo!

La directora ahora recuerda vívidamente los antecedentes de estos dos muchachos: su enfrentamiento viene desde tiempo atrás; inclusive antes de que ella llegara a esta escuela, hace apenas dos meses. Este laberinto empezó desde la administración anterior.

—Sí, me acuerdo muy bien de eso. Sólo que a mí lo que me reportaron, es que tú mismo te habías infringido esas cortadas.

—¿Qué? ¡Ay, por favor, cómo se le ocurre...! ¿Y seguro usted les creyó semejante tontería, verdad?

La directora duda unos instantes si los maestros no tergiversaron la información de alguna manera. Pero recordando en cuál equipo está, decide apoyarlos. Otra vez lleva al muchacho hasta el límite para buscar la verdad detrás de todo esto:

—Yo creo que la verdadera tontería aquí, es que tú mismo te hayas cortado. ¿En qué estabas pensando mientras lo hacías? ¡Porque no puedo concebir que una persona que se ame a sí misma, se haga daño por gusto! Es lo mínimo que debemos hacer en esta vida: respetarnos y cuidarnos a nosotros mismos. Si no lo hacemos nosotros, ¿entonces quién? Por supuesto que siempre hay

personas a nuestro alrededor a las que les importamos y que harían cualquier cosa para que no nos pase nada, pero...

En ese momento, el chico vuelve a explotar. Nuevamente, las palabras de la directora dieron en el blanco:

—¡Yo no le importo a nadie! ¡Estoy completamente solo! ¡Ni mis padres me hacen caso!... Ellos preferirían que me muriera...

Ella trata de consolarlo, pero el chico se aleja.

—¿Cómo puedes pensar semejante cosa? Conozco a tus padres y ellos no son de esa clase de personas. Tienes mucha suerte de tener esa familia, no como ese chico al que atacaste. ¿Alguna vez te has puesto en su lugar?

La directora tiene la esperanza de hacer mella en la coraza tan resistente del muchacho. Pero se equivoca. Su comentario consigue el efecto contrario:

—Y usted, ¿tiene una remota idea de lo que es ser molestado todos los días por un imbécil como ese? ¿Y peor aun, que todos los demás lo vean y no hagan nada?... ¿Qué quería que pasara? ¿Quedarme callado hasta que otros empezaran a molestarme también? ¡Sí, seguro quieren que sea el puerquito de toda la clase, ¿verdad?... ¡Pero no lo permití y mire lo mal que me fue! Lo único que me quedaba era dejar salir todo el dolor por algún otro lado...

La directora le da espacio para que saque todo lo que trae.

—Un amigo al que también le pasa lo mismo me dijo que cuando se golpea contra la pared, se siente menos triste. Y cuando de plano ya está muy enojado, entonces se quema en la estufa; me dijo que eso lo hace sentir mejor. Y aparte se evita problemas. O andarse peleando con estúpidos como ese.

La directora se siente mareada conforme va escuchando todo eso, pero no flaquea.

—Fue entonces cuando te empezaste a cortar...

El chico responde en voz baja mientras una lágrima resbala lenta por su cara:

—Sí. No sabía qué hacer... Avisé al maestro que él me estaba molestando, pero no hizo nada, así que seguí cortándome. Al menos así no me sentía tan miserable. Sólo pensaba cómo se arrepentirían todos si me muriera de pronto, un día, sin avisar. Y todo porque nadie quiso ayudarme.

La directora teme preguntar, pero lo hace:

—¿Seguiste cortándote?... O sea que, ¿ya lo habías hecho antes?

El muchacho no contesta. Se pone rojo de vergüenza. Y llora. Lloro desconsoladamente.

Ella sabe que es mejor no seguir por ahí, pero no puede detenerse ahora que él se ha abierto tanto.

—¿Tienes alguna idea de por qué tu compañero te está molestando?

El chico solloza y vuelve a hablar con lentitud: —Está enojado conmigo porque por mi culpa lo expulsaron 3 días.

—Sí, me acuerdo de eso. Él volvió un día después de que yo llegué, pero nadie me dijo por qué se le había expulsado...

Ella se queda en silencio un momento, esperando una respuesta que nunca llega. En cuanto descubre que vuelve a aparecer la sonrisa burlona del acusado, contraataca:

—¿Sabes algo? Vivir en una sociedad como la nuestra, tan llena de filosofías falsas y mensajes banales todo el tiempo martilleando nuestras mentes, muchas veces nos limita a reconocernos como las personas únicas que somos; entonces, empezamos a imitar patrones de conducta y roles que no nos pertenecen. Tal como tú lo hiciste: eso es como tratar de vivir la vida de alguien más, es como si...

—¡Lo expulsaron porque le eché la culpa de haberme cortado! ¿Ya está conforme?

—¡Qué curioso! Ahora resulta que tú hiciste que lo expulsaran mientras él era inocente. ¿Y entonces qué esperabas tú, que él se quedara con los brazos cruzados? No estoy a favor de que alguien moleste a otra persona, pero como yo lo veo, aquí el abusador inicial eres tú.

—¿Yo? ¿Cómo se le ocurre semejante estupidez?

—¡Más respeto, muchachito! ¡No voy a permitir que...!

—¡Claro! ¡No va a permitir que yo le hable mal, pero por supuesto que permitió que a mí me estuvieran golpeando!, ¿verdad?

Eso definitivamente dolió. Ahora el chico es quien dio en el blanco certeramente.

—¡Él empezó a molestarte porque tú hiciste que lo expulsaran sin razón alguna! ¡Lo llevaste al límite, era lógico! ¡Yo no sé cuántas cosas más le hayas hecho antes!

Los ánimos ya hirvieron y ambos han perdido los estribos. Y es que el tema no es para menos.

—¿Yo? ¡Pero si él fue el que primero empezó a molestarme! ¡Todos los malditos días me aventaba, o me escupía, o me decía de groserías en frente de todo el mundo!... Fue cuando le dije al maestro y no me hizo caso. Entonces traté de detenerlo, ¿pero sabe qué pasó? ¿Sabe qué ocurrió? ¡Empezó a golpearme peor! ¡Y enfrente de todos! ¡Si hasta le aplaudían y lo grababan para subirlo a internet! ¡Y nadie hizo nada! ¡Ni los maestros siquiera!... Entonces empecé a cortarme. Al principio lo hacía sólo para sentirme mejor, pero después empezó a gustarme cómo se sentía: el dolor, la angustia; se sentía bien. Al menos así no pensaba en lo que estaba pasando en la escuela. Fue cuando se me ocurrió enseñárselo a él, para que viera lo que estaba provocando.

La directora ya no sabe qué pensar. Esta situación se volvió una locura; ya no es algo fácil de resolver. Cuando ella vuelve de su trance momentáneo, vuelve a descubrir al acusado riéndose un poco antes de seguir.

—¡Hubiera visto su cara! ¡Parecía que había visto un fantasma!... ¡Sí, ya sé que debí detenerme ahí! ¡Pero lo hubiera visto! Y es que por primera vez yo tenía el control, y él estaba asustado, tal como yo lo estuve antes. Entonces me seguí cortando para molestarlo. Para asustarlo más...

Hizo una pausa antes de continuar con su macabro relato:

—No sé cuándo se me ocurrió decir que había sido él quien me había estado cortando, pero era una buena forma de vengarme de todo lo que me había hecho. Y entonces, extrañamente, todo funcionó: lo expulsaron tres días. ¡Fue maravilloso!, ¿sabe? Nadie me molestaba: podía estar donde yo quisiera, y hacer todo sin pensar si alguien me iba a golpear por eso. Pero entonces, él regresó. Y como ya se lo ha de imaginar, empezó a desquitarse conmigo de nuevo. Sólo que ahora con más odio que antes. ¡Una vez me golpeó hasta que me tiró un diente! ¡Mire! —el muchacho muestra un espacio vacío en sus encías.

La directora está aterrada con todo lo que escucha.

—Sólo las cortadas me hacen sentir bien. Y cuando eso no es suficiente, puedo pegarme, o arrancarme el cabello, o quemarme con la estufa. Hay muchas maneras para no sentir nada.

—Pero eso puede matarte... —agrega en voz baja la directora.

—No, lo tengo controlado...

—¿Seguro? A mí no me parece así.

El chico esquiva su mirada: sabe a lo que ella se refiere, por lo que sigue hablando:

—Eso fue un error: siempre lo había podido controlar, pero ese día estaba más nervioso que de costumbre. Fue por eso que la semana pasada me llevaron al hospital. Dicen que me estaba desangrando. ¿Pero sabe qué es lo peor de todo?... ¡Que me hizo sentir mucho mejor! ¡Al fin tenía la atención de todo el mundo! Así que no iba a desaprovechar la oportunidad: volví a acusarlo de que él me había cortado. ¿Pero qué cree que pasó? ¡Que los chismosos de mis padres soltaron toda la sopa! Y obvio, ¡nadie me creyó! Entonces él, se dio cuenta de que no le iban a hacer nada, y obvio, me siguió golpeando peor que antes... ¿Se da cuenta, maestra? ¡Todo lo que pasó es por su culpa! ¡No fui yo! Yo sólo me harté de todas sus estupideces... ¡Fue cuando decidí hacerle daño en serio, maestra!

La directora se queda en silencio.

No alcanza a comprender cómo es que los seres humanos logramos crear laberintos tan complicados alrededor de nuestras vidas. Si fuéramos capaces de darnos cuenta con qué apoyos contamos en nuestra vida, a quienes verdaderamente les importamos, y qué es lo esencial de estar aquí en este mundo, quizás las cosas serían muy diferentes. Pero esa falta de introspección, esa carencia de conocernos a nosotros mismos, tanto aislamiento que día a día creamos, nos está llevando a esta locura.

Ahora con verdadero temor y pensando con calma cada una de sus palabras, la directora se dirige al muchacho:

—Disculpa que te lo pregunte de nuevo, pero, ¿tienes idea de por qué él empezó a molestarte desde la primera vez, antes de que todo lo que me cuentas pasara?

La respuesta resulta más increíble de lo que esperaba.

—Sí... Verá, él es mi vecino, y nos conocemos desde que éramos niños. Fuimos amigos de toda la vida. Hasta que una noche yo venía regresando de la tienda y vi cómo su padre lo estaba golpeando en el patio... ¡No sé por qué, pero no pude dejar de mirar! ¡Sentí horrible por él, pero

no se me ocurrió hacer nada y me quedé ahí como estúpido mirando cómo le pegaba!... Entonces su papá se metió y él se volteó llorando. Fue cuando descubrió que yo estaba ahí, mirándolo como un idiota. Creo que eso lo hizo enojar mucho. A lo mejor le dio vergüenza, no lo sé. Lo único que sé, es que desde ese día, no ha dejado de molestarme.

Allá por el año de 1973, en la honorable y bellísima ciudad de Puebla, nació un niño al cual terminaron inscribiendo en el Registro Civil de la Ciudad de México: su nombre es el mío, Alexandro Arana Ontiveros, y por vía legal soy chilango (aunque de corazón pipope). Soy escritor, investigador, diseñador editorial y gráfico. Tengo la inmensa fortuna de vivir a 4 cuadras del mar de la Riviera Maya, en la ciudad de Playa del Carmen, Quintana Roo, junto a la mujer que amo y sin monstruos (perdón, sin hijos). Finalmente, he de contarles que escribo por una razón bastante simple (a diferencia de mis colegas que siempre dan razones interesantísimas): escribir se me da tan fácil como meterme al mar. Por eso lo hago... ¡Es maravilloso!

<https://alexandroarana.wordpress.com>